“Una teoría sexual” cien años después

Ricardo Avenburg

No es fácil reflexionar sobre este tema; ésta es una obra que está tan en la base de la teoría psicoanalítica que yo, y creo que todos los psicoanalistas, tomamos su contenido como algo dado, casi un hecho natural. Sin embargo, a pesar de ser un texto que todos los psicoanalistas hemos leído, salvo por aquellos que enseñamos la obra de Freud, no me parece que hoy sea demasiado leído ni citado (me refiero a que sea citado como explícitamente incluido en los desarrollos teóricos, no como una mención meramente formal). En tanto Freud fue descubriendo que en el contenido latente de los síntomas neuróticos se hallaban sistemáticamente recuerdos ligados a la vida sexual (primero de traumas, luego de deseos y fantasías), al mismo tiempo que fue viendo el lugar de la sexualidad en las manifestaciones psíquicas de la vida cotidiana (sueños, actos sintomáticos) además de las restricciones que a la vida sexual imponen las normas culturales con sus consecuencias en las neurosis actuales, se vio llevado a estudiar la vida sexual en sí misma, partiendo de sus fuentes biológicas hasta sus manifestaciones en la conducta y pensamientos humanos (estos últimos conscientes e inconscientes).

Pero el hecho que, creo yo, constituye una revolución en lo que hace a la constitución psíquica del ser humano es el descubrimiento de la sexualidad infantil; la sexualidad infantil, cuyo descubrimiento se hizo a través de una reconstrucción y rescate de los recuerdos sumergidos a partir de la amnesia infantil (la que inicia el período de latencia), es directamente observable en la conducta de los niños, en particular los menores de 5 o 6 años, edad ésta en que no sólo se produce la amnesia infantil sino también una restricción de las manifestaciones de la conducta sexual infantil, en particular de la

masturbación genital, lo más directamente observable, pero que no excluye las manifestaciones orales o anales. Freud extendió el concepto de sexualidad a todas estas manifestaciones sexuales infantiles que en el adulto se pondrán de manifiesto en los juegos sexuales preliminares del coito y en las perversiones, dejando el término de genitalidad para cuando intervienen directamente los genitales. Esta sexualidad infantil, que Freud calificó de perverso-polimorfa (extendiendo el término de perversión a las actividades infantiles pregenitales), son hechos normales y no, como se los consideraba habitualmente, conductas viciosas que habrían de ser reprimidas. Y estas actividades sexuales directamente corporales se acompañan de una curiosidad por las actividades corporales de los demás y en particular por las actividades sexuales, curiosidad que se pone de manifiesto en preguntas acerca de dichas actividades y de sus consecuencias, por ejemplo cómo nacen los niños, con sus manifestaciones afectivas correspondientes: ternura, excitación sexual, celos, odio, etc. La represión de dicha curiosidad determinará posteriores dificultades en el área intelectual.

Dije que este descubrimiento es un hecho revolucionario porque hace que miremos a los niños de otra manera, escuchándolos más, lo que permite que se abra un ámbito de diálogo con ellos que haga que no sólo respondamos a sus preguntas sino que también aprendamos nosotros acerca de la perspectiva que cada uno de ellos tiene del mundo al mismo tiempo que de una lógica que, con los instrumentos que tiene el niño, es en general mucho más coherente que la que tenemos nosotros, víctimas muchas veces de nuestras propias represiones. Lamentablemente no siempre aprovechamos esta potencialidad de diálogo con los niños, pero, de todos modos, muchos de estos hechos son ya de conocimiento público, como por ejemplo casi todas las madres saben que si nace un bebé el hermanito mayor se pone celoso y, en general, hay un mayor acercamiento o por lo menos conocimiento de las emociones del niño. El hecho de que el niño sea escuchado, lo mismo que el niño que está en cada uno de los adultos, podría ser la base para que se produzca un cambio significativo en el ser humano; pero todavía falta mucho, hay multitud de niños que carecen de cosas mucho más elementales, como alimentación, salud, habitación, etc.: es necesario que sean satisfechos no sólo los instintos sexuales sino, antes que nada, los de autoconservación. Sin embargo este cambio puede evidenciarse en la literatura: comparemos los niños excelentemente observados desde la perspectiva

adulta, que pintaron por ejemplo Dickens o Mark Twain, con ese sumergirse en la subjetividad del niño que vemos en Hermann Hesse o en Moravia.

Freud otorgó a sus "Tres ensayos..." junto a "La interpretación de los sueños" un lugar muy particular en su obra, el lugar que ocupa nada menos que el concepto de lo inconsciente reprimido: en "La interpretación de los sueños" se ocupa, a partir del fenómeno onírico, del *funcionamiento* de los procesos inconscientes *en general* y en "Tres ensayos..." se ocupa del *contenido* de lo inconsciente *reprimido:* la sexualidad infantil que culmina en el complejo de Edipo. La importancia que Freud les otorgó se manifestó en que a ambas obras les fue haciendo agregados a lo largo de su vida, de modo de mantenerlas al día. Strachey, en su edición crítica de las obras de Freud nos dio la posibilidad de ubicar temporalmente cada agregado. Todo desarrollo teórico, al ubicárselo en el contexto del conocimiento en que se produjo, si bien se relativiza en función de dicho contexto, adquiere su verdadero valor; al hacer Freud los agregados como correspondiendo todos a una misma totalidad, le hace perder su valor contextual y les da el peso de un valor absoluto, que la verdad quede asentada, y, en tanto tal, pierden algo de vida; de todos modos no dejan de ser conceptos fundamentales en la obra de Freud.

Y hay otro concepto que hace a la esencia del psicoanálisis: siendo ésta el descubrimiento de lo inconsciente reprimido (cuyo contenido nuclear es el complejo de Edipo), el concepto al que me refiero es el de *represión.* Generalmente, cuando dentro de la teoría psicoanalítica se habla de lo inconsciente se omite la palabra reprimido (Freud también lo hace); y tengo la impresión que pasa lo mismo en las teorías psicoanalíticas posteriores a Freud, en las que la palabra represión tiende a ser sustituida por escisión (o "splitting"), proyección (o identificación proyectiva) y cada vez se tiende a hablar más de pérdida de la capacidad de simbolización. No digo que estos términos sean usados en lugar de represión ni que no puedan tener un lugar tanto en la constitución del aparato psíquico como de las patologías, pero sí me refiero a la progresiva desaparición del término represión o censura (salvo la referencia a una supuesta "represión primaria", muy diferente a la represión que Freud describe en "Tres ensayos..."). No sé si está vinculado a este olvido (si es que mi impresión es correcta) pero sí sé que en el curso de la evolución del psicoanálisis, bajo el nombre de reglas técnicas, el proceso psicoanalítico se fue llenando de tabúes: el analizando no puede

darse vuelta para mirar al analista, no le puede hacer preguntas o, si las hace, el analista no le contesta, el analista no debe preguntar sino interpretar, hay que evitar los encuentros con el analizando fuera de las sesiones, el analizando no debe conocer nada de la vida privada del analista, etc. Todo esto puede resultar algo extraño para las nuevas generaciones de analistas, pero esto se ha dado y tal vez se siga dando en cierta medida; y si esto ha cambiado es más por consideraciones exteriores al análisis mismo que por consideraciones teóricas intrínsecas al mismo. Y, vinculado a estas nuevas condiciones, se habla de crisis del psicoanálisis.

Conceptos aún no desplegados en "Tres ensayos..." son los que Freud desarrolla en "Tótem y tabú", donde plantea una hipótesis acerca de la génesis de la represión de la sexualidad infantil, que tiene que ver con la constitución del totemismo en la historia de la humanidad. El remordimiento provocado por la reaparición de los sentimientos amorosos hacia el padre asesinado de la horda primitiva (doy por sentado el conocimiento de esta obra por parte del lector) conduce a la horda fraterna a revivirlo bajo la forma de animal totémico, generándose así un sistema de tabúes (básicamente contra el incesto y contra la destrucción del tótem), o sea prohibiciones que han de ser aceptadas automáticamente y sin conocer el origen ni la razón de éstas, en relación con las cuales el mundo se divide en dos esferas: la de lo sagrado y la de lo profano. El totemismo, con su sistema de tabúes, se interioriza manifestándose a la vez que ocultándose bajo la forma de la represión o censura de aquellas representaciones prohibidas que constituyen lo inconsciente reprimido. El totemismo evoluciona luego hacia los distintos sistemas religiosos constituyéndose en parte de la naturaleza humana, por lo tanto de su cultura y es el motivo fundamental del malestar específico de la cultura humana. La represión, por lo tanto, en tanto presencia del tótem en cada uno de nosotros, constituye la disposición a la producción de neurosis e implica en sí misma la perpetuación del desconocimiento por nuestra parte de un sector importante de nuestra naturaleza. El objetivo del psicoanálisis fue, desde un principio, el sustituir la amnesia producida por la represión por la judicación consciente. Sin embargo el psicoanálisis tendió (y tiende aún) a convertirse en un sistema religioso con sus sacralizaciones y tabúes y fue deviniendo, de ser un medio terapéutico, a ser un fin en sí mismo. ¿Tendrá esto algo que ver con el olvido del término represión, el cual retorna de lo reprimido bajo la forma de dichos tabúes?

Hasta 1920 la sexualidad fue uno de los dos instintos primarios, siendo el otro el de autoconservación: esta división trasciende a la psicología y, por lo tanto, a la clínica psicoanalítica y es de índole biológica. Trasciende también al ser humano ya que es común a los seres vivos (por lo menos a partir de un determinado momento del desarrollo filogenético). Pero se manifiesta en la clínica por la oposición entre el Yo, que al servicio de la autoconservación ejerce la censura, y la sexualidad infantil. Aunque Freud no lo exprese en estos términos, veo esta división como expresión de una dialéctica que, en términos lógicos, podría corresponder a la que se establece entre la parte y el todo: el instinto de autoconservación representa a la parte, esto es, al individuo, frente al todo, o sea a la especie, así como el instinto sexual representa la presencia del todo, o sea de la especie, en cada individuo.

En "Más allá del principio del placer" (1920) estos dos instintos ya no serán primarios sino que aparecerán recién cuando el soma se diferencie del plasma germinativo, o sea cuando la reproducción no implique la desaparición del individuo anterior sino que éste permanezca y, a partir de este momento, pueda enfrentarse a la especie, que es su propia trascendencia. Quedan como instintos primarios en toda forma de vida, constituyendo la dialéctica entre el ser y el no ser biológicos, el instinto de vida y el de muerte (vivimos muriendo y morimos viviendo) y la tensión originada entre ambas tendencias, la de volver a lo inorgánico y la de volver a la unidad original de la vida, complicada por los estímulos que, proviniendo del exterior, dieron origen a la vida, hace al devenir de la vida.

Como vemos, en "Tres ensayos..." no sólo explora los fundamentos biológicos de los deseos sexuales sino que abre los caminos para ulteriores especulaciones metabiológicas (las de "Más allá del principio del placer"). Y también para especulaciones metapsicológicas: pasando por su penetrar más profundamente en la estructura del Yo en su estudio del narcisismo (el Yo no sólo responde a los instintos de autoconservación sino que la sexualidad también forma parte de su estructura) se vuelve a introducir en el tema de la represión o censura (que a partir de 1926 ampliará con la descripción de los diferentes mecanismos de defensa de los cuales la represión será el prototipo) y en "El yo y el ello" con la inclusión del concepto de Superyo (con sus vertientes de Ideal del Yo y conciencia moral). Creo que a partir de aquí el psicoanálisis, sin dejar de ser psicología, se hace antropología: el esquema del aparato psíquico incluye, allí

donde el Superyo se conecta con el Ello más allá del Yo (el Superyo sabe del Ello más que el Yo), como herencia filogenética, el drama de la horda primitiva que precipitó en el totemismo.

¿Qué importancia tienen estas consideraciones en la clínica? En forma inmediata ninguna, responden a un alto nivel de abstracción y en la clínica no tenemos de entrada que pensar en otra cosa que enfrascarnos en el drama particular del paciente; todo intento de aplicación inmediata lleva a una dictadura de la teoría y un forzamiento de la clínica. Trasladando esta pregunta a un marco más amplio: ¿qué incidencia tiene la filosofía en la vida cotidiana? Ninguna en forma inmediata (yo no pienso en la problemática del ser cuando compro un kilogramo de fruta), pero mi filosofía (con la que consciente o inconscientemente me muevo) va a determinar la posición que yo ocupe frente a los distintos acontecimientos de mi vida. Lo mismo pasa con la metapsicología (con la que consciente o inconscientemente me muevo), que ha de jugar un papel significativo en el modo como me he de ubicar ante el paciente. Y si bien el psicoanálisis no es una "Weltanschauung", una manera de concebir al mundo (no se ocupa, por ejemplo, del cosmos), la de Freud es una concepción del mundo humano que, según él, responde al punto de vista de la ciencia. Freud de ningún modo exigía, de parte de los psicoanalistas, una adhesión a su metapsicología, pero sí a lo que antes expresé como esencial al psicoanálisis: a lo inconsciente reprimido, con sus contenidos: la sexualidad infantil que culmina en el complejo de Edipo (que desarrolló en "Tres ensayos...") y su funcionamiento, en este caso de los procesos inconscientes en general (desarrollado en "La interpretación de los sueños").

Desarrollos ulteriores en lo que se refiere a la sexualidad: uno es el de la sexualidad femenina, en particular la resolución del complejo de Edipo, que ya no es la contrapartida especular del complejo de Edipo masculino. Este último *culmina* con el tema de la percepción de la diferencia de los genitales masculinos y femeninos, que lleva al niño a la angustia de castración y a la represión del complejo de Edipo. La niña *inicia* su complejo de Edipo con la percepción de dichas diferencias, lo que la lleva a anhelar el pene del padre.

El otro es el tema del fetichismo que, en mi opinión, más allá de este tema en particular tiende a resolver el tema de la relación entre las perversiones y la represión. En "Tres ensayos..." la neurosis es el negativo de la perversión y en ésta el deseo se pone de manifiesto sin estar expuesto a la represión (aunque sí a la regresión). ¿Qué sucede

en este caso: el perverso no tiene inconsciente, ya que no tiene censura, no tiene Superyo? Creo que el tema de la escisión del Yo que Freud describió en principio para el fetichismo (y que luego lo extendió) tiende a resolver este problema. El niño de 5 años, cuyo complejo de Edipo es normalmente sometido a la represión, desmiente, en este caso, la existencia de la diferencia sexual anatómica y por lo tanto puede continuar con su actividad pregenital, en este caso genital infantil, pero por otro lado es expuesto a crisis de angustia manifestando así que en otro sector de su Yo ha reconocido dicha diferencia (y, por supuesto, concebida como una diferencia castrado-no castrado). Pienso yo que este tema es más complejo y que, más que a conductas sexuales este concepto puede aplicarse a actos impulsivos en general.

Pero quiero decir algunas palabras sobre el tema de la perversión. Al describir a la sexualidad infantil como perversa, Freud le quitó a la palabra perversión su connotación patológica y ética: todos somos perversos, más o menos latentes, más o menos manifiestos. Sin embargo, en su uso posterior, el peso semántico de la palabra "perversión" se terminó imponiendo y es muy difícil, cuando hablamos de un sujeto perverso, quitarle ese peso denigratorio. Esto hizo que yo excluya de mi terminología diagnóstica el término de "perversión"; cuando me refiero a una conducta sexual determinada prefiero calificarla por su nombre: homosexualidad, sadismo, zoofilia, etc. (o heterosexualidad). El que una conducta sea en sí y por sí patológica depende del sufrimiento que ésta ocasione al sujeto o a los demás. Por otra parte no estoy de acuerdo con que todas esas conductas llamadas perversas respondan a una estructura determinada, pues una conducta no define una estructura sino que ésta está determinada por el conjunto de conductas de una persona. Si bien estoy de acuerdo con que un síntoma neurótico es, en última instancia, una expresión encubierta de un deseo sexual infantil, la relación entre una conducta y la represión (y/o mecanismos de defensa) es particular a cada individuo.

Ricardo Avenburg
Av. Coronel Díaz 2277, 8º “C”
C1425DQI, Capital Federal
Argentina